EL ECO DE CARTAGENA

AÑO XXXVI — **DECANO DE LA PRENSA DE LA PROVINCIA** — NÚM. 10488

PRECIOS DE SUSCRIPCION

En la Península—Un mes, 2 ptas.—Tres meses, 6 id.—**Extranjero**—Tres meses, 11'25 id.—La suscripción se contará desde 1.° ó 16 de cada mes.—La correspondencia á la Administración

REDACCION Y ADMINISTRACION MAYOR 24

SABADO 8 DE AGOSTO DE 1896.

CONDICIONES

El pago será siempre adelantado y en metálico ó en letras de fácil cobro.—Corresponsales en París, A. Lorette, rue Caumartin 61 y L. Jonte, Faubourg Montmartre, 31.

PAPEL DEL ESTADO

OPERACIONES AL CONTADO Y Á FECHA

COMPRA VENTA

DE TODA CLASE DE VALORES

cotizables en las Bolsas

DE MADRID, PARIS Y LONDRES

CAMILO PEREZ LURBE

12, CASTELLINI, 12

Véase anuncio *MODA Y ARTE* en la tercera plana.

No hay que exajerar

Los sucesos de que ha sido teatro la capital valenciana han dado margen á una serie de protestas vehementísimas. Carlistas y republicanos se han apresurado á rechazar toda sospecha que les envolviera en el complot.

Es natural: una algarada en las circunstancias actuales es impropia de patriotas y no puede cometerse la injusticia de suponer que hayan cometido la locura de echar por caminos extraviados, en momento tan inoportuno, los que afirman que antes que partidarios de un régimen determinado de gobierno son españoles.

En general nadie culpa á los republicanos ni á los carlistas de ser los autores de la algarada. En cambio todo el mundo sospecha que hay entre nosotros elementos filibusteros, que primero en Zaragoza y en la ciudad del Turia después, han hecho dos actos consecutivos de presencia.

Contra esta sospecha, ya casi confirmada, se ha elevado en ambas poblaciones una voz gritando: ¡Calumnia!

Comprendemos la indignación de Zaragoza y de Valencia al pensar que hombres nacidos en su seno sean capaces de traicionar la patria; pero esa indignación, que prueba el patriotismo de ambas poblaciones, no prueba, no puede probar de ningún modo que no halla en ellas un traidor por lo menos y un puñado de tontos que se deje engañar por el primero que quiera intentarlo.

Entre la gente levantada en armas en Cuba contra España hay españoles miserables que dan muerte á su pais y asesinan á sus hermanos. Algunos son jefes de partidas y pelean contra sus mismos parientes que militan en el campo leal.

Y si hay allí traidores ¿por qué dudar que los haya en España si viven entre nosotros muchos cubanos que tienen gran devoción por los rebeldes?

Esos elementos son los que dieron una noche en un teatro de Barcelona el grito antipatriótico de viva Cuba libre; esos son los que se reunian en lugar oculto en un establecimiento de Madrid; esos son los que han explotado á las madres de Zaragoza y los que, valiéndose del engaño, han comprometido en una algarada ridícula á un centenar de valencianos.

Seguramente no sabian los levantados en armas el fin que perseguian los cabezas de motin; porque de haberlo sabido, de sospecharlo siquiera, hubieran dado buena cuenta de sus personas.

Hay un error lamentable al apreciar esta cuestión y es preciso destruirlo. Se dice que la intentona de Valencia es filibustera y eso es la verdad; pero ese dictado de filibusterismo no puede comprender mas que al director ó directores del alzamiento; los demas son un puñado de locos, una cuadrilla de mentecatos que hacen el juego de los traidores conscientes sin saber á qué se juega.

La recluta hecha por los promovedores del motin habrá sido para derrocar la forma de gobierno y por eso figuraban en ella republicanos. De haberla intentado descaradamente declarando que tenía por objeto arrancar de España á Cuba, no ya en Valencia, pero ni en toda España hubieran encontrado cien hombres que les ayudaran en su empresa.

Aquí podrá haber antipatriótas, pero son la excepción.

Hay que proclamarlo así y decirlo muy alto para que nadie se deje seducir por ignorancia.

Y en vez de levantar protestas que á nada conducen, hay que advertir á todos los españoles, sobre todo á los exaltados en política, que los que solicitan su concurso personal para hacer revoluciones, son traidores á la patria y cómplices de los que asesinan en Cuba á los soldados de España.

TIJERETAZOS

Los vecinos de una calle de Gracia, que por costumbre tradicional celebraban todos los años la fiesta del patrón de la misma, han acordado este año quedarse en casa y repartir el dinero recaudado entre las mujeres de los reservistas que están en la campaña de Cuba.

No pueden hacer los gracienses cosa más graciosa para estar en gracia del que reparte los beneficios.

«El Nacional», comentando los sucesos de Valencia, dice que los autores de la algarada no merecen siquiera que se les haga el honor de la indignación.

Si al colega le parece así, bien. Pero á nosotros nos parece lo contrario y nos indignamos y creemos que hay cosas que no pueden echarse á barato.

Esos sucesos de Valencia que casi no han tenido nada de particular en la superficie ¿qué tendrán en el fondo?

Ahí debe estar lo grave y es preciso buscarlo.

Porque si, como dice todo el mundo la obra es filibustera, es preciso encontrar al artifice, para mostrárselo al pais y decirle:

—¡Este es el traidor!

Un doctor que ha viajado mucho, dice en un periódico extrangero que los habitantes del Alto Orinoco hacen tortas de arcilla, las frien con aceite y se las comen.

¡Buen provecho!

***

El doctor que ha descubierto á esos comedores de barro debe ser *yankee*.

Porque es sabido que todo lo estupendo procede de los paisanos de Morgan.

***

Dice «La Correspondencia Militar», que ha llegado á Madrid una compañía de silbantes que son notabilidades en su género.

Lo silban todo.

Y asegura el colega que la primera pieza que van á ejecutar en cuanto se exhiban es la «Silba de Vitoria».

Amigo, no vale mentar la cuerda en casa del ahorcado.

Porque pueden los músicos silbantes dar pretexto para la «Silba de Zaragoza» que no le va en zaga á la otra silba, pero no le gustaría tanto al colega militar.

¿Estamos?

Lo mejor será que silben las dos, sin olvidar la de Sevilla.

Y que cada cual se rasque cuando le pique.

El afán de las aclaraciones raya en lo inverosimil.

El que lo dude que lea este suelto de «El Imparcial»:

«Nos dice D. Manuel Lafuente Rodríguez, dependiente de la casa de D. Servando de Medio, que no tiene nada que ver con el sujeto Manuel Lafuente, relacionado con este suceso.»

Esto no tiene nada de particular. Hay dos Manuel Lafuente, y uno de ellos no quiere cargar con los milagros del otro.

Pero la noticia tiene otro párrafo que es el siguiente:

«También nos ruegan digamos que *la muerta* nada tiene que ver con Cipriana Jiménez Hernández, natural de Huete, que *reside* en esta capital.»

Ya lo sabe el público para su gobierno.

La muerta Cipriana Jiménez no es la Cipriana Jiménez, hija de Huete.

La una *reside* en el cementerio.

La otra *vive* en Madrid.

Esto es más claro que el agua y no ha menester testigos que certifiquen.

Basta conque Cipriana Jiménez la viva afirme que no es la muerta.

Microscópicas

¡Pobres mujeres esas de Málaga que tienen hijos en Cuba peleando con los rebeldes! Martillando continuamente en sus oidos la nota pesimista; oyendo hablar constantemente del vómito y la fiebre amarilla; escuchando de continuo las manifestaciones de incredulidad respecto á las bajas oficiales del ejército; recogiendo ahora la apreciación de que la guerra no acabará pronto y acongojadas después ante la noticia desconsoladora de que sus hijos no tienen pan y les sobra fatiga ¿qué han de hacer?

Lo que hacen: echarse en brazos de la superstición; solicitar los servicios de los *echadoras de cartas*; dar su dinero por esta á cambio de doradas mentiras que, en ciertos estados del espíritu, parecen realidades, y quedarse sin comer.

¿Qué hay de risible en esto? Nada, absolutamente nada. Jamás puede inspirar risa el dolor y menos el dolor de las madres á quienes compadecemos pero no respetamos.

¿Es fuerte la palabra? Pues hay que sostenerla por ciertísima.

A diario llegan de la Habana cartas y telegramas de carácter público. En ellos se cuentan los horrores que hace el vómito en los hospitales y en las casas de salud; las marchas fatigosas de las tropas caladas por la lluvia torrencial ó achicharradas por el sol ardiente de los trópicos; las acciones sangrientas en que el machete juega como principal arma de combate. Y tan vivos aparecen los relatos; con tanto colorido y expresión los narra quien los hace, que, escuchándolos, parece que se percibe el rozamiento de la bayoneta que perfora la carne, el golpe del machete que hiende los tejidos y cercena los huesos y hasta el estertor del pobre soldado que paga su tributo á la muerte, por la epidemia, en aquel hermoso pero inclemente pais.

Con ser malo todo eso es peor aún lo que sobre ello fantasea el pesimismo; y no parece si no, leyendo algunas cartas, que ha llegado la hora de que España pierda sus colonias y hasta de que desaparezca del mundo esta raza ibera que ha jugado tan brillante papel.

¿Ignorábamos acaso que el vómito acecha en Cuba la vida del europeo? ¿No sabíamos el carácter de las guerras de la manigua? Pues si lo sabíamos, el te-

---

cos que no se admitieron, la visita tocaba á su fin, sucedió que en el momento de la despedida, Evelina, de quien el fiel coronel se habia alejado insensiblemente, se halló en la última en bajar las gradas, á excepción del almirante que discutía con Cleveland acerca de un nuevo especifico para curar la gota. Y como Maltravers estaba de pie en las mismas gradas, Evelina se volvió para él, y con su bella ingenuidad mezclada de timidez y tierna benevolencia, le dijo:

—¿Será posible que no volvamos á veros nunca? ni otros contar vuestras historias del Egipto y de la Arabia? No volveremos á hablar los dos sobre el Tasso y el Dante? Se acabaron ya las conversaciones, los libros, las discusiones, las querellas? por qué razón? Yo pensaba que habiamos hecho las amistades, pero veo que siempre estais enfadado; reñidme de veras una vez por todas, y seamos amigos.

—Amigos! ... no teneis un amigo tan decidido, tan tierno! Jóven, rica, seductora, como lo sois no podeis producir en un corazon humano una impresión más profunda que la que habeis grabado aquí?

Arrastrado Maltravers por el encanto de aquella familiaridad infantil, de aquella dulzura hechicera, habia dicho más de lo que hubiera querido decir, y sus ojos, su emoción expresaban más todavía que sus palabras. Evelina se ruborizó profundamente y su aire y sus maneras cambiaron; con todo, cuando se

alejaba volvió á mirarlo, y con una alegría forzada añadió:

—Entonces, no nos abandonareis? volveremos á veros? y corrió á reunirse con sus compañeros.

tura de colocarse y ponerse en carrera. Lord Vargrave se ocupó de ver su indecisión y continuó como unos diez minutos combatiendo todas las escrúpulos, todas las objeciones del coronel; le demostró todas las ventajas, reales ó imaginarias del empleo, poniéndoselas á la vista bajo todos los aspectos posibles. Procuró adularle, deslumbrarle, engañarle [illegible] obtuvo un éxito parcial. El coronel pidió tres dias para [illegible] con sus reflexiones. Vargrave [illegible] un pesar, y cuando Legard [illegible] tenia más aire de un mártir que de un hombre [illegible]

Ah! ah! decia Vargrave [illegible] ahora Evelina será mia no más.